

Una aproximación EL MOMENTO "SOCIALISTA" ESPAÑOL

Jesús Gazo

Sólo un año y unos meses lleva el socialismo español en el poder. La expectativa, cuando llegó, fue enorme. ¿Qué iba a pasar? En España todos los modelos exteriores se rompían. ¿Podía servir de espejo el modelo socialista francés? ¿Se iba a dar el caos de la república de 1931? ¿Soportarían la derecha y el ejército la orientación del nuevo gobierno? ¿Pero qué es el socialismo y en concreto el socialismo español?

Me temo que al menos esta última pregunta no va a poder ser contestada satisfactoriamente, por el hecho de limitarme a recoger de una manera global el pulso de la gente de la calle que no tiene muchas precisiones conceptuales y se mueve más por la emotividad de lo que le afecta a su bienestar personal y familiar concreto. Esta gente no ha roto todavía del todo la tensión de la expectativa pero parece empezar a sentir ya en parte los síntomas de una cierta frustración o del convencimiento de que el socialismo no iba a traer más que retroceso y paro.

Las cosas sin embargo, no son tan simples. Se siente muy marcadamente el fluctuar entre el temor y la esperanza. Y en medio de este claro-oscuro destaca la figura de Felipe González como el hombre que da confianza y la presencia de dos o tres ministros que saben lo que quieren y hacen lo que piensan.

DOS ANECDOTAS

Quisiera iniciar esta aproximación con dos anécdotas que, a mi modo de ver, esclarecen el panorama. La primera nos la cuenta un buen hombre moderado de derecha que acaba de inaugurar una agencia de viajes con unos socios. "Los restaurantes caros están tan llenos como antes pero con 'distinta' gente. Los grandes negocios no se hacen en los despachos; los ministros prefieren resolver los asuntos en los buenos restaurantes: lujo, comisiones...; los socialistas de ahora como los burgueses de antes. No hay nada que hacer. Es la misma historia; sigue la corrupción. Para esto es mejor lo de antes. Por eso en las próximas elecciones se votará como antes, por la derecha, como Dios manda, es más seguro". El acababa de almorzar

con un ministro en uno de esos restaurantes.

Y la segunda: "Una comisión comercial de Rumania visita a España. Etablan las conversaciones de rigor con altos dirigentes de una gran empresa metalúrgica. Terminadas las negociaciones vienen los consabidos agasajos; un paseo de lujo por el Madrid nocturno: restaurantes, tablado flamenco, salas de fiesta. Pero 'cosa curiosa, comentaba un representante de la empresa, los rumanos no pagaban nada; ni siquiera aventuraban el ademán de adelantarse. Tenían las manos 'enfermas'. Pero cómo disfrutaban: parecían niños que abrían los ojos sorprendidos ante un mundo nuevo".

Los rumanos no tenían evidentemente las manos enfermas; lo que seguramente tenían eran los bolsillos vacíos. Los funcionarios de un gobierno socialista del Este, tienen para viajar, para hacer negocios, pero no tienen para despilfarrar. Uno se pregunta si a estos funcionarios rumanos no les gustaría tener dinero y libertad para darse ese lujo. En Rumanía no hay problema de paro. Las necesidades básicas del pueblo están cubiertas. No hay desigualdades hirientes. Todos pueden vivir esa medianía social y económica confortable. Pero ésta trae como consecuencia que unos altos funcionarios oficiales tengan las manos enfermas en el momento de la tentación del lujo.

En España el paro sigue creciendo; millones de familias se ven afectadas en sus necesidades básicas. Pero esto permite que empresarios privados y públicos puedan tener las manos "sanas" para el derroche y el lujo. Para la burguesía esto se llama libertad: vivimos en un país libre, no importa el precio humano que hay que pagar por ello.

LOS MALOS Y LOS BUENOS

La primera anécdota es más sutil. Los socialistas en España no se parecen mucho a los del Este. Son, diríamos, "medio" socialistas. Distan mucho del verdadero socialismo que, como tal, es una espléndida utopía humana y dista también mucho del socialismo real que impera en el Este. Pero este medio ser

del socialismo español resulta todavía insoportable para la otra mentalidad española —la derecha— acostumbrada a mandar y a ser árbitro de la sociedad durante años. El socialismo era lo malo, la anarquía, lo inmoral, lo ateo. La derecha es lo bueno, lo moral, la religión, el orden. Todavía este esquema esquizofrénico juega un papel importante. Pero la realidad de los hechos va abriendo horizontes nuevos. Le duele a la derecha española que el Gobierno de Felipe González no sea tan malo, tan caótico como ella profetizaba. El caos que veía venir con los socialistas se ha detenido. Es una amenaza continua pero no cuaja. Es una nieve frustrada que cae hecha agua y fecunda la tierra y hasta empieza a florecer una cierta paz y una cierta convivencia.

Ahora bien, el descubrimiento de que los "otros" no eran tan malos tiene que llevarles al reconocimiento de que "ellos" no son tan buenos. Así las famosas "dos Españas" tal vez inicien un largo camino en el que se vayan absorbiendo mutuamente para dar paso a una nueva España libre y democrática. El hecho de que el socialismo de Felipe González se haya iniciado con paso reconciliador y moderado ha hecho que las tensiones empiecen ya a armonizarse dentro del juego político de lo posible.

Y uno empieza a pensar que en España todo es posible. Desde el horror de una guerra fratricida hasta poderse sentar juntos los bandos contrarios para tratar de crear un proyecto común de futuro. Republicanos que se integran a una monarquía y monárquicos que piensan en socialismo. El salto de una dictadura férrea, militar, a un status de libertad parlamentaria, podía verse como un salto en el vacío sin precisar el fondo. Y sin embargo los españoles han sido capaces de dar los pasos justos de transición, sin traumas ni desajustes fatales, hacia la esperada democracia.

EUROPA NO TERMINA EN LOS PIRINEOS

El encuadre europeo ha tenido su peso específico. Desde hace años Europa se ha convertido para los espa-

ñoles en una aspiración como incentivo, como modelo, como integración. El bien en la opinión pública española actual reside en saber si España puede resistir una equiparación con los niveles europeos ya o en un próximo inmediato. La democracia española lleva la impronta de la democracia europea. Nunca como ahora el español ha pretendido ser europeo. De ahí su ahínco en la entrada en el mercado común europeo.

Destaquemos, pues, según lo dicho, los dos pasos que se han dado en España y que —como decía Felipe González en un mensaje televisivo— la han llevado ya a un punto de trascendencia histórica que no vivía desde siglos. Estos pasos son la transición pacífica a una democracia parlamentaria y el advenimiento de un socialismo moderado que venía a hacerle el relevo a una derecha acostumbrada al mando. Hoy se siente en el pueblo español que, en medio de las dificultades coyunturales que vive el mundo occidental, el pulso vital de España hacia el futuro es de esperanza.

Sin embargo esta esperanza se va a ver comprometida ante dos retos que tiene que enfrentar el momento sociopolítico presente. Se trata en primer término, de la convivencia de las "dos Españas" y como tal tarea de todos los españoles y después de la asimilación del proyecto socialista como tarea de una mayoría confiable.

LOS DOS RETOS

El primer reto tiene una larga historia. En España el enfrentamiento ideológico, religioso y cultural que, no lo podemos olvidar, tiene como base el antagonismo de clases sociales, se ha hecho visceral, apasionado. La razón puede descubrir en un análisis sereno los motivos y las causas de la lucha de clases. Pero lo típico del enfrentamiento en España, al hacerse visceral, impide muchas veces que los protagonistas enfrentados sepan por qué luchan y a veces, sin luchar, por qué se odian. Por aquí pasa la sangrienta brecha que ha dividido a la nación en las "dos Españas". Y ésta sería para algunos la razón última de la justificación de una dictadura militar tan prolongada: que la gente se olvidara de lo visceral aunque las clases permanecieran. Seguro que los cuarenta años de dictadura hicieron mucho en este olvido; pero no todo. Con la libertad volvía a revivirse el pasado. Es verdad que el primer gobierno de la transición pertenecía a la clase de los vencedores. La venida del socia-

lismo ha reavivado el recuerdo. Teóricamente al menos eran o son los hijos de los vencidos. Pero, a pesar de la mucha memoria de los mayores, los jóvenes no tienen ya recuerdos. Hoy las dos Españas dialogan, los partidos políticos se respetan, los empresarios se sientan con los sindicalistas, los obreros reclaman sus derechos y el gobierno los escucha. Pero uno siente que debajo de las cenizas todavía hay fuego.

El segundo reto se da con la aparición misma del socialismo. El gobierno socialista quiere avanzar por un cauce de dos orillas cualitativamente distintas. Por la orilla derecha quiere pertenecer al bloque capitalista occidental y dentro de ese bloque competir con las armas propias del libre comercio y la competencia y así entrar por la puerta del progreso. Pero en la otra orilla tiene, por su vocación socialista, que tender una mano poderosa a los trabajadores y explotados y favorecer a los menos favorecidos. Estando obligado a seguir las reglas del juego capitalista no puede, como le aconseja el Fondo Monetario Internacional, sacrificar al paro al 20 por ciento de la población para que el 80 por ciento viva económicamente mejor. Este socialismo de dos orillas está muy lejos, claro está, del ideal socialista, pero quiere hacer un esfuerzo sincero para igualar a las clases sociales.

Se están viviendo en estos momentos, de una manera muy aguda, las tensiones que generan los intereses económicos que entran claramente en contradicción cuando se les quiere llevar a una especie de "pacto social". Los empresarios fijan el top máximo de la subida salarial a un 6 por ciento. El sindicato socialista UGT pretende el 8 por ciento mientras que el sindicato comunista CC.OO. trata de ganarse a la masa obrera exigiendo un 10 por ciento. En esta coyuntura de diálogo a gran altura, el Gobierno que coloca a un 8 por ciento la escalada de la inflación para 1984, intenta que la subida de los salarios con respecto al año pasado sea del 6,5 por ciento exigiendo de esta forma a la clase trabajadora el sacrificio de 1,5 por ciento (8-6,5) de su poder adquisitivo. "La solidaridad con los desempleados, la obvia evidencia de que la economía española tiene que luchar por su competitividad en los mercados internacionales y la necesidad de relanzar la inversión, constituyen argumentos racionales lo bastante sólidos como para sobreponerse a la retórica

demagógica". (Página Editorial de El País, 27 de enero de 1984).

Y sin embargo no se llega a un acuerdo mínimo y el diálogo se rompe.

¿Hasta cuándo tienen que ser los obreros los que deban soportar el peso fundamental del progreso de la nación? ¿No es hora de que los empresarios y dueños del capital compartan de una manera más sustantiva y decisiva el sacrificio común del mejoramiento de todos?

El mismo editorialista de El País trae un recuerdo reciente de lo que ocurrió en la política inglesa como espejo donde mirarse los sindicalistas socialistas de España: "Fueron los sindicatos británicos base del partido laborista, quienes consiguieron desbancar a dicho partido del Gobierno oponiéndose frontalmente a una política económica cuya eventual dureza ha sido superada con creces por la de la señora Thatcher. UGT y CC.OO. (sindicatos socialista y comunista españoles) no deben sustraerse al análisis, quizá irritante, pero en cualquier caso obvio, de adónde nos puede llevar en España una actitud similar a la de las uniones británicas".

Se vive, pues, dentro de la España del Gobierno socialista un equilibrio tenso entre intereses encontrados. De ahí va a poder sacar la derecha las armas fundamentales para la próxima campaña electoral. Y ahí también el partido comunista se encuentra más a gusto y combativo para medrar y sacar ventaja de los socialistas a quienes les arrebatan los argumentos a favor de la clase trabajadora.

Políticamente parece ser que se va a imponer la moderación. Cualquier extremo llevaría a rupturas impredecibles.

Está claro que ahí no se puede quedar el socialismo. Forzosamente se ve obligado a avanzar para hacerse creíble a sí mismo y a España. Creo que ha dado el primer paso, pero no basta. Por lo pronto y para consuelo de los españoles, está llegando el rumor de más allá de las fronteras de que el socialismo de Mitterrand le tiene envidia al socialismo de Felipe González. ¿Será puro rumor?